

VIBIA, LA SACERTOTISA VESTAL

Como cada día, yo, Vibia Acosta, solía pasear por mi templo desde que tenía tan sólo 6 años. Ahora, más de 29 años después me quedan sólo un par de meses para acabar mi vida como sacerdotisa, por eso quiero dejar constancia de todo lo que he vivido.

Antes de dedicarme al culto de Vesta, vivía en una buena familia como cualquier niña de mi edad, en una gran ciudad que se llamaba Caesaragusta.

Mi vida cambió el día en que observé en la puerta de mi casa a un hombre alto, robusto y con ceño fruncido hablando con mi padre. En aquel momento me pareció un soldado romano por su vestimenta. Dirigía su vista hacia mí al mismo tiempo que hablaba con mi padre, con astucia conseguí leer en sus labios algo parecido a que yo era una de las elegidas. Poco más supe aquella noche, pero días más tarde, el día en el que cumplí 6 años, al amanecer, mi padre, que era un importante senador de la ciudad, vino a mis aposentos con los primeros reflejos del alba y me dijo que era una niña afortunada, que había sido elegida para ser sacerdotisa de la diosa Vesta (Diosa del hogar), me dio un beso en la frente y se despidió de mí. No tuve tiempo de reaccionar, antes del mediodía estaba subida a un carro en dirección a mi nuevo destino.

Al llegar al templo, tuve que pasar las diferentes pruebas que confirmaran que era una de las elegidas, pruebas como suspenderme de un árbol sin tocar el suelo como muestra de la ruptura e independencia de mi familia, cortarme el cabello e investirme de Vestal con un velo en la cabeza o sujetar una lámpara encendida.

Durante varios años estuve aprendiendo todo sobre la vida sacerdotal, conocimiento de los dioses, ritos y por encima de todo el MANTENIMIENTO DEL FUEGO SAGRADO.

Ese es el único y mayor objetivo de nosotras las Vestales, nuestra obligación de mantener el Fuego Sagrado eternamente encendido, para así proteger y mantener la grandeza de nuestro imperio, ya que durante siglos se ha mantenido la creencia de que el día que la llama del fuego sagrado se apague será el fin de nuestro Gran Impero Romano.

Y eso es algo que como sacerdotisas no podemos permitirnos, puesto que, si eso ocurriera los romanos, o nuestra propia diosa, nos castigarían con la muerte.

Hace poco más de tres ciclos lunares nos llegó el aviso de que tropas íberas intentaban llegar al templo de Vesta para apagar el Fuego Sagrado y así mermar el ánimo de nuestras tropas.

El mismo mensajero nos informó de que las tropas romanas se encontraban desplazadas en Cartago y que no llegarían a tiempo para defendernos, por lo que las otras tres sacerdotisas y yo decidimos ocultar el fuego sagrado en una cueva cercana al templo. Los soldados íberos tardaron varios días en encontrar nuestro escondite, pero cuando escuchamos cómo se acercaban sus pasos nos dimos cuenta de que ya estaba todo perdido. Sin embargo, cuando alcé la vista hacia la entrada de la cueva lo vi, era la silueta de un fornido soldado, sin duda de alto rango por su porte. Hasta que no se acercó más no pude ver su rostro. Cuando estaba a tan sólo un metro de mí me quedé paralizada por su forma de mirar y a él le ocurrió lo mismo, no cruzamos ni una sola palabra, pero nuestros ojos hablaron por sí solos.

VIBIA, LA SACERTOTISA VESTAL

Sin decir nada, se giró sobre sus pasos y gritó a los soldados que se acercaban hacia nosotras que se retiraran, que la cueva estaba vacía, nunca olvidaré lo que hizo por mí, bueno, por nosotras.

Al no encontrar lo que buscaban, en un par de días las tropas íberas levantaron su campamento, sin embargo y por desgracia, el templo de Vesta quedó prácticamente destruido.

Pasaron meses desde que ocurrió aquello y aún seguía acechándome aquel encuentro, soñaba con ese momento todas las noches y lejos de ser una pesadilla, hacía nacer en mí un nuevo y bello sentimiento.

No pude esconderlo más tiempo y un día se lo conté a mis compañeras, que nos reuníamos por turnos cuando no estábamos vigilando el fuego. Estaba a pocos meses de vencer mi compromiso con la Diosa Vesta, puesto que para todas nosotras tiene una duración limitada, así que, todavía sin saber muy bien cómo, planeé ir a la búsqueda de aquel hombre para saciar mi curiosidad y preguntarle por qué había hecho tal cosa.

Nos habían llegado noticias de que las tropas íberas habían llegado a Bílbilis, una preciosa ciudad a dos días en carro de donde me encontraba, así que, sin mucho pensar, una noche de luna llena cogí el carro de caballos que teníamos en el templo, cubrí mi cabeza con un velo, abroché mi capa y me dispuse a ir a su encuentro.

Dos días más tarde había llegado al campamento Íbero, desde lo alto de una colina cercana observé semi oculta el movimiento de aquellos soldados, hasta que di con él, lo hubiera reconocido entre cientos de hombres.

Esperé a que anoheciera y sigilosamente me acerqué a su tienda. Cuando la abrí, alguien me agarró por la espalda y me amenazó con un cuchillo. No podía moverme, así que levanté las manos y cuando vió que no estaba armada dejó que me girase ante él.

Todo mi cuerpo tembló al volver a ver aquellos grandes ojos verdes, con curiosidad me preguntó *“¿qué haces aquí?”*. Apenas me salían las palabras, pero acerté a contestar... *“necesito saber porqué salvaste nuestra vida”*

Al cabo de unos largos segundos él contestó: *“Porque sabía lo que os pasaría si apagábamos el fuego sagrado”*. De repente, ante esa situación, respondí sorprendida: *“¿Pero vosotros no queríais apagarlos el fuego?”*. No pensé que tardaría tanto tiempo en contestar cuando él respondió: *“No pretendía desobedecer las órdenes, pero al verte en aquella cueva supe que tenía que hacer algo para protegerte, sentí que ya te conocía, como si hubiésemos estado juntos en alguna otra vida”* Yo asentí con la cabeza, porque en el fondo había sentido algo parecido al verle por primera vez. Por último, le pregunté cómo se llamaba y me dijo con una profunda voz: *“Me llamo Viriato Habis”*.

Estuvimos toda la noche hablando y le conté mi situación, que me quedaba poco tiempo para poder ser libre, cuando amaneció, me acompañó al carro y me dijo unas últimas palabras: *“Esperaría una vida entera para poder estar de nuevo a tu lado”* y entonces me besó.

Hoy, cuento los días para volver a verle, ahora sé que mi vida no ha hecho más que comenzar...